

# CORRESPONDENCIA

ILUSTRADA

DIRECTOR, D. PEDRO P. AGAN.

AÑO II.—(II Epoca.)

Miércoles 25 de Mayo de 1881

NUM. 228

A P. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

## LA ULTIMA MISA.

ODA

El alma sol que al universo alumbraba,  
en las olas del mar oculto un día,  
á la tierra sumida en la penumbra  
negaba el esplendor y la alegría,  
escondiendo la llama fulgurante  
de su egregia corona rutilante  
La mortecina lámpara que ardía  
cabe la santa urna, donde incierta  
su misteriosa lumbré difundía  
del templo augusto sobre el altar puesta,  
al divino semblante  
del *Salvador* robando luz más clara,  
trémula, á espacios tardos conseguía  
rasgar las sombras de la noche avara.

Ni lejano clamor, ni leve ruido  
turbaban el silencio un sólo punto,  
oscuro el cielo con la tierra unido,  
semejaba caótico conjunto  
de senos misteriosos que Dios puebla  
de horror y sombras, que el divino coro  
fecunda con el lloro  
que desciende á sus limbos con la niebla.  
En la augusta plaza, cual trasunto  
de inmarcesible gloria, su arrogancia  
mostraba en la distancia  
rasgando de las nubes los crespones,  
la torre de altos timbres y blasones  
do lloró su baldon la altiva Francia.

De gloriosos laureles abrumado  
y al reposo fatídico entregado,  
el pueblo en el quietismo de lo inerte  
parecía dormir sueño de muerte.  
Del Pirene en las cumbres revocado,  
sordo el clamor de Otumba, en vano un eco  
reclamó de la noche en el recinto  
de la augusta Isabel y Cárlos quinto.  
De su esplendor en truco,  
la oprobiosa mancilla  
de esclava grey que al deshonor se humilla  
sufría de su gloria en el ocaso,  
cuando turbó la calma de la villa  
súbito ruido cual de incierto paso.

El rumor vacilante y repetido  
que en la desierta calle lentamente  
se acercaba en la sombra, en su sonido  
y en el seco compás con que frecuente  
el pavimento hería,  
de algo que se desgaja y desmorona  
reproducido el eco, parecía  
que era el rodar de la imperial corona  
en los abismos de la noche fría,  
Mensurando tenaz el duro suelo,  
y del alba al rayar la luz, despacio  
al avanzar con incansable anhelo  
parecía medir del alto cielo,  
más que del mundo el inmortal espacio.

Bajo las sienas de la noche torva  
concentrando el aurora la mirada,  
á un sacerdote que la edad encorva  
vió surgir de la sombra desgarrada.  
La lumbré desmayada  
de la sagrada lámpara, deshizo  
su misterioso círculo rojizo,  
cuando llegando al templo el noble anciano,

y ante la excelsa imágen de la urna  
descubriendo la nívea y ancha frente,  
más pura y clara que la luz divina,  
representó en su aspecto soberano  
al claro sol que rasga refulgente  
la oscuridad del férvido Oceano.

Cuando al umbral llegó, cual si anhelantes  
espíritus velasen su llegada,  
giraron en sus goznes rechinantes  
las anchas puertas para darle entrada.  
Con actitud serena y reposada  
la nave atravesó, y el ruido vago  
de ámplio manto que rozaba el suelo,  
dejándole adorar de Santiago  
la Cruz bendita que venera el cielo,  
despertaba en la iglesia parecido  
rumor confuso al que con blando ruido  
en las etéreas salas,  
hacen las aves cuando al casto nido  
convierten puras las batientes alas.

Oró ante el ara, y á la luz del día  
que besaba del templo los cristales,  
la estatua parecía  
que custodia las sombras inmortales.  
Su argentado cabello desaparecía  
en torno de su faz, el fulgor bello  
del astro amante que suceda al día.  
De su mirada rutilante y pura  
el incendio de amor y de ternura  
que en vívido destello  
ardiendo en sus pupilas fulguraba,  
en el anciano de fervor profundo  
al *genio* denunciaba  
y al *vate* insigne, admiración del mundo.

La campana sonó, y á la primera  
trémula nota que rodó en la esfera,  
cruzando el sacerdote el presbiterio  
á revestirse entró. De la luz era  
claro ya el esplendor que al hemisferio  
prestaba tintas de matices suaves;  
hora en que siempre tras los senos fríos  
de las nubes que el cielo surcan graves,  
déjansen oír los amorosos píos  
con que llaman al sol las castas aves.  
Aón la voz que vibró en el campanario  
resonaba indecisa,  
cuando de un niño en pos llegó al sagrario  
el digno anciano, y comenzó la misa.

II

Al sagrado clamor, en la mañana,  
y cual surgiendo el último tañido,  
una tras otra en la mansión cristiana  
penetraron sin ruido  
varias sombras oscuras.  
Del sacerdote al cielo se elevaron  
las oraciones puras,  
y al punto que se alzaron  
sobre las altas cumbres, do besaron  
de las eternas nieves el armiño,  
la plegaria comun con santo empeño,  
«gloria al Señor—clamó—del mundo dueño,  
y gloria y paz—decía con el niño—  
al que pensó inmortal *La vida es sueño.*»

Del seguro del bien y la alegría,  
enriqueciendo el resplandor del día,  
los ángeles de luz con vuelo blando  
descendieron, las preces escuchando,  
á la morada terrenal sombra.

Bajo la excelsa Cruz que la agonía  
miró del Redentor, el sacrificio  
contemplando incruento, al consagrante  
con plectro resonante  
acompañando en el augusto oficio  
y el rezo santo repitiendo en coro,  
«este es el Señor—decían—el que amante  
vuestra gloria cantó con arpa de oro,  
veste es el solo *Príncipe constante.*»

Rasgado el velo de la sombra adusta,  
á los piés de *La Virgen del Sagrario*,  
don Pedro Calderon, de faz augusta,  
celebraba en el puro santuario.  
El era el sacerdote octogenario  
que humilde ante el altar se prosternaba,  
el cristiano ministro que oficiaba  
con unción fervorosa,  
el genio que á los cielos levantaba  
la frente esplendorosa,  
el que en la inspiración y en la fe solo  
ante el excelso y santo,  
haciendo ofrenda del *Laurel de Apolo*,  
renunciaba al *Encanto sin encanto.*

¡Don Pedro Calderon! ¡Gloria del mundo!  
¡Honor de España! ¡Admiración del suelo!  
Poeta sin segundo,  
que dió á la escena el esplendor del cielo.  
Vate feliz, que con gigante anhelo,  
grandeza sin igual y astro fecundo,  
consiguió peregrino  
realizar inspirado el venturoso  
consorcio de lo humano y lo divino;  
ingenio que sublime  
se levantó con vuelo poderoso  
al alto asiento de su nombre imprime,  
con resplandor que brilla sin ocaso  
sobre las áureas cumbres del Parnaso.

El que en *Lances de amor y de fortuna*  
jamás gastó la juventud honrada,  
el que á los claros timbres de su cuna  
supo añadir los de su invicta espada,  
que en Flandes, en Italia y en la osada  
civil contienda fulguró radiante,  
ya depuesta la cota rutilante  
y del alba vestido,  
la santa misa al comenzar ufano  
así su ruego levantó cristiano:  
«Señor, me acerco á Vos; si enardecido,  
siempre anhelé los celestiales goces,  
no los neguéis al vate redimido  
todá vez que es su fé *El secreto a voces.*»

Y era tal el fervor del venerable  
ministro al celebrar puro el misterio,  
que en su abstracción loable,  
y en la unción de su augusto ministerio,  
ni á su lado veía  
al niño que á los rezos respondía,  
ni el rumor escuchaba  
del angélico coro que agitaba,  
al batir de sus alas temblorosas,  
del ara santa las fragantes rosas;  
antes bien parecía,  
trasfigurado y de su fe seguro,  
que con empeño rechazar quería  
de un *Prodigioso mágico* el conjuro.

Hondo silencio y religiosa calma  
reinaron en el templo juntamente  
cuando el anciano prosternó la frente,

como si recogidas en un alma  
palpitaban con una solamente  
las quietas sombras graves  
que oraban esparcidas en las naves.  
Los ángeles del cielo descendidos,  
colgándose en el lábaro glorioso,  
de sus pechos los cándidos latidos  
dejaron escuchar estremecidos,  
en el sublime instante misterioso  
en que en manos del Genio alzóse augusto  
del mundo el Redentor, del cielo el Justo.

Eterna gloria á ti, feliz ingenio,  
que al aplauso logrado en el proscenio,  
y al láuro merecido,  
añadiste la gloria incomparable,  
en tu amor inefable,  
de consagrar la forma en que se encierra  
el Creador de los cielos y la tierra.  
Eterna gloria á ti, que, enaltecido,  
consumiste en el cáliz adorable  
la sangre del Ungido,  
mezclada con las lágrimas divinas  
del que ciñó, por redimir al mundo,  
la corona de espinas  
que con espanto contempló el profundo.

Pregonando tu nombre en la ancha esfera,  
cual eco de tu gloria vibró ufana  
nuevamente la voz de la campana;  
su nota postrimera  
rodó otra vez en el espacio extenso,  
y al escucharla tú, con gozo inmenso  
brilló en tus labios celestial sonrisa.  
Que en el rumor que mensajera brisa  
te trajo del acento solitario  
que incierto resonó en el santuario,  
oíste tú que la postrera misa  
celebraba el ministro octogenario  
que el arpa de oro convirtió en salterio  
y trasformó la plaza en prebisterio.

Con el blando rumor del onda oscura  
levantábase en tanto sordamente  
los fervorosos rezos á la altura,  
con los que, desbordada la ternura  
del ingenio inmortal, rompió en hirviente  
llanto dichoso que las penas calma,  
y los anhelos con que late el alma.  
Besó el altar y luego el crucifijo  
convirtiendo ferviente  
la mirada de grata dulcedumbre,  
que al claro sol robó la viva lumbré;  
después que le adoró, callado y fijo,  
volvióse, contempló la muchedumbre  
y con augusta mano la bendijo.

Y en breve realizó su ardiente anhelo.  
En *El carro del cielo*  
voló á gozar la gloria deseada  
que venturoso conquistó en el suelo.  
De la eterna alborada  
la luz resplandeciente,  
cual áureo nimbo allí ciñe su frente,  
claro fulgor que, ardiendo en su mirada  
dulcísima y serena,  
presta su lumbré á la española escena,  
resplandece en los fastos de la historia,  
rasga las sombras del pesar humano,  
y revela del genio la alta gloria  
que logra excelsa el solio soberano.

LUIS BALACA.